JORNADA SACERDOTAL

(Seminario San Atón, 7 de enero de 2026)

Queridos hermanos sacerdotes: ¡El Señor os dé la paz!

Es para mí una inmensa alegría poder encontrarme hoy con vosotros, en esta Jornada sacerdotal diocesana. Espero que también vosotros podáis experimentar esa misma alegría que llena mi corazón e estos momentos y que juntos podamos decir con el salmista: "Que hermoso es que los hermanos estén unidos, en armonía" (cf. *Sal* 133, 1). Son palabras que exaltan la belleza y el placer de una unidad fraternal, en este caso, de la fraternidad sacerdotal, comparándola con el ungüento sacerdotal y el rocío del Hermón, donde Dios derrama bendición y vida eterna.

Escogido de entre los hombres y puesto para servir a los hombres en todo lo que se refiere a Dios (cf. *Heb* 5, 1). Partiendo de este texto de la *Carta a los Hebreos*, quisiera recordar algunas cercanías que ha de tener el sacerdote y que ya señaló en su día el papa Francisco. Cercanía con Dios, con el obispo, con los otros presbíteros, y con el pueblo

Cercanía con Dios. Los sacerdotes estamos llamados a ser hombres de Dios. Para ello hemos de cultivar la cercanía con Él, de tal modo que podamos difundir a la luz del Evangelio, el gusto de Dios a nuestro alrededor y transmitir esperanza a los corazones inquietos. Para ello, no perdamos, queridos hermanos sacerdotes, el fuego del primer amor (cf. *Os* 2, 9), pues entonces nuestro ministerio se volvería estéril, repetitivo y puede llegar a perder incluso su sentido. En palabras del papa Francisco bien podemos decir que "la relación con Dios es, por así decirlo, el injerto que nos mantiene dentro de un vínculo de fecundidad. Sin una relación significativa con el Señor, nuestro ministerio está condenado a ser estéril". Sobre todo en los momentos de soledad, de ingratitud, de rechazo, cuando estemos a punto de decir "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (*Mt* 27, 46), cuando estamos a punto de "tirar la toalla", si somos hombres cercanos al Señor gritaremos como Pedro: "Señor que me hundo" (cf. *Mc* 4, 38) y el Señor nos echará la mano y saldremos a flote de nuevo.

Muchas crisis sacerdotales tienen su origen precisamente en una pobre vida de oración, en una falta de intimidad con el Señor, en una reducción de vida espiritual a mera práctica religiosa. Por favor, queridos sacerdotes, preguntémonos ¿cómo va mi vida de oración personal? ¿Qué importancia doy en mi vida de sacerdote a la escucha de la Palabra, a la celebración de la Eucaristía, alma de toda vida cristiana y particularmente de una vida sacerdotal, a la celebración del sacramento de la Reconciliación, a la Liturgia de las Horas la devoción a la Virgen? ¿Tengo un sacerdote que me acompaña en mi vida espiritual o soy un franco tirador? Todo esto será muy difícil si no tengo espacios de silencio durante el día, sino se deja de lado el "hacer" de Marta para aprender el ser de María. Solo desde la oración podremos entrar en contacto dar una respuesta positiva al dolor de nuestros corazones y dar cabida al dolor de las personas que nos han sido confiadas. Solo desde la cercanía con el Señor podremos anunciar como centinelas la aurora de la Gracia del Señor.

Cercanía con el obispo. Sacerdotes y obispo están llamados a ser hombres de escucha, sabiendo que el arte de la escucha no termina nunca. Esta actitud de escucha y de cercanía con el obispo por parte de los sacerdotes, permite vencer la tentación de cerrase, de autojuustificarse, y de vivir una vida de solterón. Porque sí, cuando un sacerdote se cierra en su verdad termina siendo un "solterón", con todas las manías que ello comporta. Como el obispo que no escucha termina aislándose. Unos y otros hemos de recordar que nadie es poseedor de la verdad. Ésta es poliédrica, tiene muchos lados…

El obispo, sea quien sea, sigue siendo para cada sacerdote y para cada Iglesia particular un vínculo que ayuda a discernir la voluntad de Dios. Para ello debe ser un pastor cercano y practicar una escucha respetuosa y comprensiva. El sacerdote para el obispo ha de ser la primera preocupación. Obispos y sacerdotes "tenemos que practicar el arte de la escucha, que es más que oír". La escucha hace posible la proximidad. La escucha nos ayuda a identificar el gesto y la palabra apropiados que nos sacan de la tranquila condición de espectadores" (*EG*, nº 171).

En este contexto no podemos olvidar la promesa de obediencia que hemos prometido al obispo. Una obediencia que también puede ser de confrontación, de escucha y, en algunos casos, de tensión, pero que no puede llegar nunca a la ruptura. Esto requiere necesariamente que los sacerdotes recen por los obispos y expresen sus opiniones con respeto, valor y sinceridad. También requiere humildad por parte de los obispos, capacidad de autocrítica y de dejarse ayudar.

Cercanía entre los presbíteros. Esta Jornada con sabor sacerdotal es un momento importante para reavivar el sentido de pertenencia a una misma comunidad, la sacerdotal. Más allá de nuestros ideas, más allá de nuestras simpatías o antipatías, que nos llevarían a considerarnos unos de Pedro, otros de Apolo, otros tal vez de Cristo (cf. *1Cor* 1, 12), todos somos de Cristo; más allá de considerarnos compañeros, todos hemos de sentirnos hermanos. Esta fraternidad necesita ser alimentada constantemente por la oración, así como gestos sencillos de acogida, ternura, del don de uno mismo.

Siempre existirá en nosotros la tentación de crear pequeños grupos cerrados, de aislarnos, de criticar y hablar mal de los demás, de los que no piensan como yo, de creernos los mejores, los más inteligentes, los más… Mirando a nosotros mismos, hemos de decir, una vez más, que nuestra misión es la de derribar muros o, si preferimos en positivo, la de construir puentes, lugares de encuentro que propicien nuestro conocimiento recíproco, no la de levantar muros. En este contexto de comunión entre nosotros hemos de dar mucha importancia a la participación, aunque nos cueste, en los encuentros programados por la Archidiócesis. No cedamos a la tentación de aislarnos o de reunirnos solo con los "míos". Este sería un camino peligroso, a veces sin posibilidad de vuelta atrás. Fomentemos la unidad en el respeto por la diversidad, despojándonos de nosotros mismos, de nuestras ideas preconcebidas, de nuestros sueños de grandeza, para poner a Dios y a los demás en el centro de nuestras preocupaciones cotidianas. No formemos capillas, construyamos Iglesia. No a las "sectas" que pueden ser de muy distinto signo y fruto de la ideologías, sí a la comunión fortalecida con el encuentro.

Caminemos juntos. Un proverbio africano, que conocemos bien, dice: «Si quieres ir rápido, ve solo; si quieres ir lejos, ve con otros». Caminemos juntos, soñemos juntos, trabajemos juntos. Muchos sacerdotes experimentan el drama de la soledad, de sentirse solos. Caminemos juntos, dándonos la mano unos a otros.

Las características de la fraternidad sacerdotal son las del amor. San Pablo, en la *Primera Carta a los Corintios* (capítulo 13), nos dejó un claro "mapa" del amor y, en cierto sentido, indicó el camino para una verdadera fraternidad sacerdotal. He aquí algunos rasgos que no pueden faltar. En primer lugar, aprender la paciencia, que es la capacidad de sentirse responsable de la suerte de los demás, de ayudarnos a "llevar las cargas unos de otros" (*Gal* 6, 2). Lo contrario de la paciencia es la indiferencia, la distancia que construimos con los demás para no sentirnos involucrados en sus vidas. Otra característica del amor y por lo tanto de la fraternidad sacerdotal es el alegrarnos los unos con lo bueno que ocurre en la vida del otro (cf. *Rm* 12, 15). Lejos de nosotros el alimentar el cáncer de la envidia y de la crítica despiadada. No olvidemos que también podemos caer en ciertas formas clericales de *bullying.* El amor fraterno no busca su propio interés, no deja lugar a la ira, al resentimiento. Ello hará que, cuando me encuentre con la miseria del otro, estaré dispuesto a no recordar siempre el mal recibido, a no hacer de él el único criterio de juicio, hasta el punto de disfrutar de la injusticia cuando se trata de la misma persona que me hizo sufrir. Finalmente, el verdadero amor se regocija en la verdad y considera un grave pecado atentar contra la verdad y la dignidad de los hermanos con calumnias, murmuraciones y chismes.

Me atrevería a decir que donde hay fraternidad sacerdotal, donde hay cercanía entre los sacerdotes, donde hay lazos de verdadera amistad, también es posible vivir la opción del celibato con mayor serenidad. El celibato es un don, pero es un don que, para ser vivido con gozo, requiere relaciones sanas, relaciones de verdadera estima y de verdadero bien que encuentran su raíz en Cristo. Sin amigos y sin oración, el celibato puede convertirse en una carga insoportable y en un contra-testimonio de la belleza misma del sacerdocio.

La última cercanía es la **cercanía al pueblo**. La identidad sacerdotal no puede entenderse sin la pertenencia al Santo Pueblo Fiel de Dios. Dios nos saca del pueblo para ponernos al servicio del pueblo (cf. *Heb* 5, 1). Pero nunca podremos servir al pueblo sin una cercanía real con él, sin llevar adelante el estilo del Señor que es estilo de cercanía, de servicio, de compasión y de ternura. Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Pero nunca podremos ser buenos samaritanos (cf. Lc 10, 25ss) ungir las heridas y proclamar un año de gracia del Señor (cf. *Is* 61,2), sin la cercanía con el pueblo que nos ha sido confiado. Una proximidad que pasa por "ver", "compadecerse", "acercarse", y "cuidar" de los heridos que yacen medio muertos a la vera del camino. Nuestro pueblo necesita pastores con "olor a oveja", al estilo de Jesús, y no clérigos "profesionales de lo sangrado". El pueblo quiere, necesita, y la Iglesia nos pide, ser pastores que conozcan la compasión; hombres valientes, capaces de detenerse ante los heridos y tenderles la mano; hombres contemplativos que, en su cercanía a su pueblo, puedan proclamar sobre las heridas del mundo la fuerza operante de la Resurrección. La Iglesia nos pide que seamos pastores, no lobos con piel

de oveja. No caigamos en la tentación del “clericalismo”, una perversión de nuestro sacerdocio que se basa en la distancia.

Queridos hermanos sacerdotes: San Pablo exhortó a Timoteo a mantener vivo el don de Dios que había recibido por la imposición de manos (cf. *2Tm* 1, 6-7). Estoy convencido que estas cuatro proximidades que hemos indicado pueden ayudarnos a reavivar el don que en su día hemos recibido por la imposición de manos de nuestros obispo, y la fecundidad que se nos prometió el día de nuestra ordenación. *Fiat, fiat, amen, amen*.